



“Emprenderemos una campaña infatigable de repoblación ganadera y forestal, sancionando con severas medidas a quienes la entorpezcan e incluso acudiendo a la forzosa movilización temporal de toda la juventud española para esta histórica tarea de reconstruir la riqueza patria. El Estado podrá expropiar sin indemnización las tierras cuya propiedad haya sido adquirida o disfrutada ilegítimamente...”

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

nº 406 (2ª Época). Julio 2026

1. **Consigna, ¡No dejarlo caer!.** *Manuel Parra Celaya*
2. **Arcoíris.** *Carlos León Roch*
3. **El Papa habló y los fantoches aplaudieron; la dignidad humana y la tiranía de las mayorías.** *José Ignacio Moreno Gómez*
4. **Juan Rodríguez, empresario joseantoniano.** *José Lorenzo García*
5. **Memoria Histórica, el Túnel de la Muerte I.** *Francisco Blanco*
6. **El mal presagio de la bandera caída.** *Miguel Giménez*
7. **La agenda de José Antonio.** *Cristóbal Villalobos*
8. **Vecinos de Becerril de la Sierra ante el cambio de nombre de la Avenida de José Antonio.** *Libertad Digital*
9. **La decisión que llevó a España a combatir a Stalin.** *Gustavo Morales*
10. **Cuando estés muerto.** *Elisabeth Bibesco*

En la España Oficial no suele ser una virtud acreditada la veracidad; tampoco exageremos: la falsedad y la simulación pueden considerarse comunes a todo el mundo político a escala universal, pero da la impresión de que en la España actual nos llevamos la palma.

Tenemos que hacer una salvedad, si bien poco honorable desde nuestra óptica: generalmente, los nacionalismos separatistas no engañan en sus intenciones, salvo que se trate de dirigirse a aquellos ciudadanos que no comparten sus obsesiones. Un caso paradigmático fue el de Sabino Arana, fundador del PNV, a quien algunos ingenuos achacan su conversión en los últimos años de su vida; y no fue así, sino que, tras observar el panorama real de la sociedad vasca y las trabas a las que podía enfrentarse de seguir machaconamente en su línea de pureza racial, de su basamento en un mundo rural supuestamente idílico y, sobre todo, por darse un poco de cuenta de cómo iba cambiando el mundo a su alrededor, hizo un quiebro en su estrategia, para fundar una Liga de vascos españolistas.

En realidad, no era más que una añagaza, con el fin de navegar en aguas constitucionales y, sin embargo, proseguir con su campaña racista, enemiga de todo lo español común, sus obsesiones pseudohistóricas y buscar a todo trance la separación de España; como dirá en una carta escrita casi al final de 1903, “Haciéndonos españolistas, convertiremos a los vascos en nacionalistas”.

Esa estrategia se ha actualizado en tiempos mucho más cercanos, concretamente cuando se abrieron las compuertas en la II Restauración y empezó a redactarse la Carta Magna aún vigente; en primer lugar, los representantes nacionalistas entre los “padres de la Constitución” pusieron todo su afán en incluir el término “nacionalidades” en el artículo preliminar; Julián Marías y otros demostraron en sus artículos de prensa que aquello, en realidad, era un caballo de Troya; también, pugnaron los redactores por el texto actual del Título VIII, verdadera bomba de relojería que debería ir haciendo amagos de explosiones de forma pausada hasta que las circunstancias fueran más propicias para sus intereses.



Y estas circunstancias vinieron de la mano de los gobiernos ¿socialistas? de Zapatero y de Sánchez, tras el tira y afloja de las negociaciones y/o represión de los violentos de la ETA, en realidad, considerados niños díscolos de los ámbitos separatistas, pero que ayudaban, al agitar el nogal, a que cayeran las nueces.

Por parte de los presidentes de Gobierno español mencionados surgieron a la palestra pública las intenciones u objetivos finales, enmarcados en la expresión “federalismo asimétrico”; ninguna mente despierta deja de advertir que el verdadero nombre del invento era confederalismo, si bien aquel Plan Ibarretxe se adelantó a las circunstancias con la propuesta de un Estado Libre Asociado. En realidad, cualquiera de las tres denominaciones quería decir que esta asociación podía romperse cuando, otra vez, las circunstancias fueran propicias para los intereses del separatismo. También un cierto Plan Pujol se adelantó en el tiempo, pero quedaba suficientemente explícito en sus intenciones.

Lo del federalismo asimétrico, o como lo queramos llamar, sigue siendo la meta ideológica del Gobierno español actual, y por ello obtiene el apoyo incondicional, salvo aspavientos de cara a la galería, de sus socios y allegados del nacionalismo separatista vasco y catalán; de momento, van arañando prerrogativas, plácemes y concesiones sin fin, que tienen por objeto asegurarse la fidelidad.

Es perfectamente inútil, en consecuencia, echarles en cara a ellos, tan púlicos, legalistas y honestos, que no retiren su apoyo a Sánchez y, tras los gestos compungidos de rigor, mantengan una resistencia casi numantina a un Gobierno inmerso en la corrupción; una hipotética moción de censura lo comprobaría de inmediato.

Pero, a fuer de sinceros, de vez en cuando se les escapan a algunos afirmaciones rotundas (no en balde no dejan de ser españoles malgré lui); así, Otegui, que hace poco tiempo expresó, con toda franqueza, que debía apoyar al Gobierno español actual porque propiciaba las condiciones para lograr la separación de España; de forma más espontánea e igualmente carpetovetónica, el Sr. Rufián resumió en una sola palabra (malsonante, si se quiere) su impresión de la actual coyuntura: “¡Mierda!”.

Es de agradecer la sinceridad en ambos casos; ya sabíamos algunos malpensados de qué se trataba ese apoyo numantino al Gobierno sanchista; lo terrible es que pase desapercibido para otros muchos votantes in pectore.

No me importa añadir que también tengo mis dudas de que un cambio de persona o de siglas al frente del Ejecutivo pueda disipar por completo la amenaza tácita o expresa del mundillo separatista a la hora de apoyar un Gobierno débil o comprometido por instancias supranacionales...

Por si se diera el caso, habría que tener noticias constantes de viajes ocultos a la localidad de Waterloo.

Carlos León Roch

Se recuerda bien. Yendo hacia el colegio, un día lluvioso. De repente, al final de la calle, en el cielo, aparece un arco precioso, de muchos colores, que se van solapando unos con otros, desde el rojo intenso hasta el violeta. Una imagen, un día inolvidable.

En aquellos primeros años de infancia eso de la refracción era algo incomprensible; solo nos llegaba lo maravilloso, lo sorprendente, lo celestial. Igual que les cautivó en las mitologías griegas o nórdicas. Y en nuestro Antiguo Testamento, donde se asegura el pacto que hace Dios con los hombres, por el que no habría nunca más otro Diluvio Universal.

Superado el desconocimiento y aceptado el carácter natural del arcoíris, en nuestros tiempos, su belleza y simbolismo ha sido utilizado como representante de la Paz Universal, y millones de balcones la lucieron (especialmente en Italia) protestando por la guerra en Irak.

Esos simbolismos, y esa vinculación de un color diluyéndose en el siguiente del Arco ha sido acaparada por el poderoso "loby" de los LGTBI, que lo utilizan como su poderoso símbolo... aunque le han suprimido -como era de esperar- el color azul celeste, color con simbología bastante contrapuesta.

Con muchos más años; con muchos más conocimientos y experiencia; con mucha menos ingenuidad, algunos seguimos maravillándonos con el arcoíris que en algún lugar sigue apareciendo cada día. Con su azul celeste...

El Papa habló y los fantoches aplaudieron; la dignidad humana y la tiranía de las mayorías

José Ignacio Moreno Gómez

Fantoches de toda laya —que los hay en abundancia y con igual capacidad de estruendo y de ridículo a uno y otro lado del espectro político— han hecho siempre de la descalificación de la Iglesia católica una forma barata de exhibicionismo intelectual. Lanzan invectivas y caricaturas con la desenvoltura del que confunde la irreverencia con la lucidez, y la grosería con el pensamiento crítico. Basta asomarse a sus tribunas o escuchar sus diatribas para advertir que habitan un universo mental ajeno al lenguaje mismo en que se expresa el cristianismo. Hablan de la Iglesia como un daltónico que pontificara sobre los colores o como un sordo que pretendiera juzgar una sinfonía:

perciben apenas la superficie y toman por vacío lo que simplemente está más allá de su capacidad de escucha.

Naturalmente, de ello no se sigue que el clero deba quedar al margen de la crítica. Nada más contrario a la tradición intelectual católica, que siempre ha distinguido entre la autoridad espiritual y las inevitables limitaciones humanas de quienes la encarnan. Cuando un obispo, un sacerdote o el propio Papa descienden al terreno de las decisiones prudentiales sobre asuntos temporales, sus juicios son discutibles y pueden ser refutados, compartidos o matizados con la misma libertad con que se discuten los de cualquier otro ciudadano. Faltaría más. Confieso que escribo este artículo tan conmovido por el espectáculo maravilloso que fue la inauguración de la Cruz de la Torre de Jesucristo en la Sagrada Familia como asqueado por la poca implicación —y hasta complicidad con los perpetradores de mamarrachadas— del clero en el cuidado y defensa de la basílica del Valle de los Caídos.

Pero conviene no confundir los planos. El mensaje de León XIV en su reciente visita a España no pertenece al género menor de la opinión política ni al comentario de coyuntura. No es una consigna partidista ni un editorial al uso. Se sitúa en un estrato mucho más profundo, allí donde se formulan las preguntas decisivas sobre lo que el hombre es y sobre aquello que ninguna sociedad debería olvidar sin correr el riesgo de deshumanizarse. Cuando el Pontífice habla de la dignidad inviolable de la persona, del bien común, de la protección de la vida o de la familia como primera escuela de humanidad, no está proponiendo un programa electoral alternativo, sino recordando que existen verdades morales anteriores al Estado y superiores a las fluctuaciones de



las mayorías. Verdades que no nacen de las urnas y que, precisamente por ello, constituyen el único límite capaz de impedir que la democracia degenera en la simple tiranía del número.

El Pontífice ha tomado como uno de los puntos fuertes de su discurso la dignidad humana. Y es que en España y en prácticamente todo el mundo, vivimos tiempos de una profunda confusión moral. La política parece haberse convertido, en demasiadas ocasiones, en un escenario donde el cálculo táctico y el interés inmediato desplazan a las preguntas fundamentales sobre la verdad, la justicia y el bien común. Las leyes son aprobadas y derogadas por mayorías parlamentarias cambiantes, como si el mero respaldo de los votos bastara para convertir en justo aquello que se aprueba. Sin embargo, la experiencia histórica enseña exactamente lo contrario: una ley puede ser legal y, al mismo tiempo, profundamente injusta.

El cenagal de la política española actual vive sus momentos más putrefactos y pestilentes y ha contrastado violentamente con la claridad, la emoción y la belleza de diversos escenarios y personajes que han expresado ideas e historias sublimes en esta visita papal.

España vivió otras épocas mucho más brillantes en el pasado, y León XIV nos ha recordado alguna de ellas. Como lo fue aquel Siglo de Oro español con su Escuela de Salamanca. La gran aportación de la tradición clásica y cristiana de una España que lideraba el pensamiento europeo consistió precisamente en recordar que el poder político no es la fuente última del derecho. Ni el Estado crea la dignidad humana ni las mayorías pueden disponer de ella. Antes de cualquier constitución, de cualquier parlamento o de cualquier gobierno existe una realidad anterior y superior: la persona humana, dotada de un valor intrínseco que no depende de su utilidad, de su fuerza, de su edad, de su salud o de su aceptación social.

En este contexto, adquieren una especial relevancia las recientes apelaciones del papa León XIV a la centralidad de la dignidad humana. «Toda sociedad auténticamente justa se edifica sobre el reconocimiento de la dignidad inviolable de la persona humana», ha afirmado el Pontífice. Y ha añadido una idea de enorme trascendencia política y jurídica: esa dignidad «precede a toda concesión del Estado y no puede quedar subordinada a consensos sociales mudables o al vaivén de las mayorías de cada momento». Con ello no hace sino recoger una tradición intelectual que hunde sus raíces en Aristóteles, el derecho romano, el pensamiento cristiano y, de manera eminente, en autores españoles como Francisco de Vitoria, Domingo de Soto o Francisco Suárez.

La Escuela de Salamanca defendió una tesis revolucionaria para su tiempo: que existen derechos inherentes a la persona por el mero hecho de ser persona. Frente a cualquier absolutismo, sostuvo que ni el rey ni la comunidad política poseen un poder ilimitado. La ley positiva es legítima cuando se ajusta a la ley natural; cuando la contradice, pierde su fundamento moral. No es una doctrina confesional en sentido estricto, sino una afirmación racional sobre la existencia de bienes humanos básicos que ninguna mayoría puede destruir sin erosionar la propia civilización.

La historia ofrece ejemplos elocuentes. Hubo épocas en las que la esclavitud fue legal y socialmente aceptada; también lo fueron la segregación racial o la persecución de minorías religiosas. El hecho de que millones de personas apoyaran esas instituciones no las convirtió en justas. Si el criterio último de la moralidad fuese el número de votos, entonces cualquier atropello podría legitimarse mediante una mayoría suficientemente amplia. Las democracias degeneran así en una forma refinada de relativismo, donde el derecho dejaría de ser un límite al poder para convertirse en un simple instrumento de éste.

Por eso resulta imprescindible recordar que la política no consiste únicamente en agregar preferencias individuales, sino en buscar el bien común. Y el bien común, como ha señalado el propio León XIV, no es la mera suma de intereses particulares. Es el conjunto de condiciones sociales, jurídicas y culturales que permiten a las personas, a las familias y a las comunidades alcanzar su propio desarrollo. En cierto modo, el bien común es la expresión social de la dignidad humana.

Esta concepción tiene consecuencias prácticas. Obliga a mirar a los más vulnerables no como una carga, sino como una medida de la salud moral de una sociedad. La grandeza de una civilización no se mide por su producto interior bruto ni por la sofisticación de sus tecnologías, sino por la manera en que trata a quienes no pueden defenderse por sí mismos: los pobres, los enfermos, los ancianos, los discapacitados y los niños, nacidos o todavía no nacidos. Y todas aquellas realidades que a la sociedad actual no le gustan pues no se ajustan a sus estándares de perfección.

Preguntaba el Papa a sus señorías dos cuestiones fundamentales: ¿Qué modelo de hombre revelan las leyes que aprueba un parlamento? ¿Qué modelo de sociedad vamos a construir con esas leyes?

La cuestión del aborto voluntario ilustra con especial claridad este debate. A menudo se presenta como una disputa exclusivamente religiosa o científica. Sin embargo, existe un planteamiento más elemental, accesible a cualquier persona al margen de sus convicciones teológicas o de sus conocimientos biológicos. Es la distinción fundamental entre «algo» y «alguien», entre un «qué» y un «quién».

Nos recordaba Julián Marías como el lenguaje común revela esa diferencia. Cuando escuchamos un golpe inesperado preguntamos «¿qué ha sido eso?». Pero si llaman a la puerta, preguntamos «¿quién es?». La intuición humana distingue espontáneamente entre las cosas y las personas. Las cosas tienen un valor; las personas poseen dignidad. Las cosas pueden sustituirse; las personas son irrepetibles.

El hijo que está por nacer participa de esa condición personal. Lo que biológicamente es procede de sus padres y de los elementos materiales que constituyen su organismo. Pero él mismo no se reduce a esa composición. Es alguien nuevo, un sujeto llamado a decir «yo» y a ser interpelado como «tú». Constituye una realidad inédita que se incorpora al mundo, no una mera prolongación del cuerpo materno. De hecho, la experiencia ordinaria del lenguaje vuelve a ofrecer una pista reveladora: una mujer dice «estoy embarazada» o «voy a tener un hijo»; no dice «mi cuerpo alberga un tejido extraño». El embarazo es una relación profundamente personal antes que un simple proceso fisiológico.

Reducir al concebido a una parte disponible del cuerpo materno implica transformar a una persona en una cosa. Y esa cosificación no afecta únicamente al no nacido; termina proyectándose sobre toda la sociedad. Si el valor de la vida depende

de circunstancias externas —la autonomía, la salud, la capacidad cognitiva o el grado de desarrollo—, entonces nadie posee una dignidad verdaderamente incondicional. El recién nacido, el anciano con demencia avanzada o el enfermo en coma quedarían igualmente expuestos a que otros decidieran si su existencia merece protección.

La defensa de la vida humana, por tanto, no puede entenderse como una reivindicación parcial ni como un interés exclusivo de los creyentes. Es una exigencia de civilización. Una comunidad política que acepta que el más débil puede ser privado de su derecho a vivir porque resulta inconveniente o dependiente corre el riesgo de erosionar el fundamento mismo sobre el que se sostienen todos los demás derechos.

Naturalmente, la dignidad humana exige también una mirada responsable hacia otros dramas de nuestro tiempo. El fenómeno migratorio constituye uno de ellos. Desde una perspectiva ética inspirada en la doctrina social cristiana, el deber de un Estado de proteger sus fronteras y garantizar el orden jurídico es legítimo y necesario. Pero esa obligación debe armonizarse con otra igualmente irrenunciable: ofrecer amparo a aquellos que huyan de la guerra, la persecución o el hambre. La caridad no puede ser una coartada para la imprudencia política, ni la prudencia política puede convertirse en excusa para la indiferencia moral. El equilibrio entre ambas dimensiones es una tarea difícil, pero imprescindible.

Algo semejante sucede con la institución familiar. Frente a una cultura crecientemente individualista, la familia continúa siendo el primer ámbito donde la persona aprende que no vive para sí sola. En el hogar se descubren el cuidado, la gratuidad, la responsabilidad y la continuidad entre generaciones. Allí se transmite una memoria compartida que da estabilidad interior a la sociedad. No es casual que León XIV haya insistido en que «la familia será siempre la primera escuela de humanidad». Una comunidad que debilita sistemáticamente a la familia acaba debilitando también los vínculos de solidaridad que sostienen la convivencia democrática.

En el fondo de muchos de estos conflictos se encuentra un fenómeno más profundo: la sustitución de la realidad por la ideología. Las ideologías modernas tienden a invertir el orden natural de las cosas. En lugar de que la razón se abra a la realidad y la conozca, pretenden que la realidad se adapte a los deseos o construcciones subjetivas de cada época. El resultado es una creciente dificultad para reconocer hechos elementales sobre la naturaleza humana y sobre el significado de la libertad.

La tradición intelectual católica ha propuesto siempre el camino inverso. La fe, lejos de encerrar la razón en un universo autorreferencial, la impulsa a salir de sí misma para encontrarse con el mundo, con el prójimo y con la verdad de las cosas. Cuando la razón se deja iluminar por la realidad, se ensancha; cuando queda atrapada en sistemas ideológicos cerrados, termina por marchitarse. Una cultura que deja de llamar a las cosas por su nombre acaba convirtiendo las palabras en instrumentos de

manipulación. De ahí el recurso a eufemismos que suavizan o difuminan la gravedad de determinadas acciones: las vidas humanas se convierten en «material biológico», la eliminación de un inocente en una «interrupción», y las relaciones personales en simples mecanismos funcionales.

Frente a esta tendencia, conviene reivindicar el valor de las palabras verdaderas. Nombrar correctamente la realidad es el primer acto de justicia. La libertad no consiste en imponer un relato sobre los hechos, sino en poder reconocerlos y actuar responsablemente ante ellos. Sin verdad compartida, la convivencia se hace imposible; sin una idea objetiva de la dignidad humana, los derechos quedan a merced de la correlación de fuerzas.

España posee en su propia tradición intelectual recursos suficientes para participar en este debate con voz propia. La Escuela de Salamanca no fue una reliquia del pasado, sino una de las grandes contribuciones españolas al pensamiento universal. Allí se formularon principios que anticiparon el derecho internacional, la limitación del poder político y la universalidad de los derechos humanos. Recuperar ese legado no significa nostalgia arqueológica, sino redescubrir una concepción de la política subordinada a la ética y del derecho subordinado a la justicia.

En una época dominada por la volatilidad de las mayorías y por la presión de las modas ideológicas, conviene recordar una verdad sencilla: no todo lo que puede votarse debe votarse, y no todo lo que una mayoría aprueba es moralmente aceptable. La democracia es un instrumento de gobierno, pero no constituye una fuente absoluta de legitimidad. Cualquier sistema democrático debe reconocer que existen límites que ni siquiera el poder mayoritario puede traspasar. Y que esos límites existen independientemente de que cualquier constitución los sancione o reconozca.

Esos límites tienen un nombre: la dignidad inviolable de toda persona humana. Sobre ella se construyen el derecho, la libertad y la convivencia. Cuando se olvida, las leyes pueden conservar su apariencia de legalidad, pero pierden el alma que las hace verdaderamente justas.

4

Juan Rodríguez, empresario joseantoniano

José Lorenzo García.

De quienes han hecho cabeza en nuestras organizaciones e iniciativas se hace memoria. De los camaradas de a pie, de los que, sin relucir, han cumplido, y bien, muy bien, sus obligaciones militantes, es más fácil que se borre el recuerdo. No debe ser así en el caso de Juan-Antonio Rodríguez Montanero.

Le conocí hace casi cincuenta años. De ascendencia modesta, como muchos de nosotros (Longinos, Socorro, Pérez Garijo...), militó en las Falanges Juveniles.

Ingresó en el seminario, que abandonó al cabo de unos años. Se afilió al Tinglado FES.

En las elecciones generales de finales de los años setenta participó como candidato de FEI y grabamos en TVE algunas de sus intervenciones en los espacios gratuitos. También intentamos realizar algunos proyectos de comunicación. Tengo en memoria alguna reunión en la Casa de Campo, acompañados del siempre diligente compañero de RTVE, viejo camarada de FF.UU., Federico Sánchez Aguilar. En mi barrio de Aluche recuerdo que vivían algunos trabajadores de su empresa, que fabricaba muebles sencillos y montó en Fuenlabrada. Curiosamente, el hijo de un vecino de mi niñez, Mariano García, con un taller de zapatería debajo de la ventana de mi casa de la calle Baleares, junto al barrio de Comillas, sería uno de los colaboradores administrativos de su aventura empresarial. Juan-Antonio dio mucho trabajo a camaradas y colaboró siempre de forma desinteresada con todos los que solicitaban ayuda. Tras un inevitable deterioro físico, nos dejó hace unas semanas. Murió en brazos de su hijo Óscar, heredero fiel de las virtudes y afanes de su padre, médico del Servicio de Urgencia de la Comunidad de Madrid, que nos ha escrito una evocación que merece atención:

Juan Antonio nació en Torremejía, Badajoz en 1946, Siempre llevó a gala ser extremeño, aunque viviera casi toda su existencia en este bendito Madrid, ciudad a la que se mudó con su padre de niño, como avanzadilla de los de familia, que se unieron meses después.

Mi abuelo Antonio, carnicero de profesión, emigró a la capital y trabajó de todo menos de carnicero, en aquella dura postguerra; falleció con sesenta y pocos años de la maldición familiar cardiovascular, muy orgulloso de su hijo y de sus obras.



«Mi padre se crió en un barrio pobre de los arrabales, San Fermín. Accedió a una educación de calidad en el seminario de Alcalá de Henares, donde se forjó humanística y religiosamente (si es que no es lo mismo) y donde estudió becado por el auxilio de unas señoras mayores. Esto conformó su personalidad y curtió su carácter, junto con la huella del Frente de Juventudes. Gracias a Dios (sobre todo de sus hijos), no tomó los hábitos y continuó su formación de manera autodidacta mientras trabajaba. Tras realizar el servicio militar y casarse con mi madre, marchó a Cadiz a trabajar donde concibieron a un servidor y posteriormente regresaron a Madrid donde fundó su empresa a principios de los setenta.

Su empresa fue su obra y empleó sus energías en ella. Creó muchos puestos de trabajo y fue emocionante ver la presencia de algún superviviente de Europea del Mueble en el velatorio, También acogió en la empresa a familiares, amigos y conocidos, que ayudaron al crecimiento de la misma; siempre pagó sus deudas y su palabra era ley. Ayudó cuando pudo en la medida de sus posibilidades.

Crió a cuatro hijos a los que educó en el ejemplo, junto con su esposa y siempre fue leal a su familia. Hombre hogareño y de pocos amigos, ávido lector con una gran biblioteca y con pocos vicios: los puros de esa tierra cubana de la que tanto gustaba.

El epílogo de su vida fue marcado por la muerte de su hija Sonia, tan prematura como triste. Desde entonces se borró de esta existencia y pervivió con escasa ilusión. Posteriormente, el declive de la empresa y sus problemas cardiacos, fueron deteriorando su cuerpo y mente. Últimamente la demencia progresaba y ya no era ese hombre tan fuerte de personalidad arrolladora y a veces hostil, que se dulcificó. En sus últimos años no tuvo dolores y mantuvo una buena calidad de vida.

Falleció el 20 de mayo en su casa, de manera súbita, acompañado de sus hijos y esposa. Su agonía fue muy corta y tuve el privilegio de presenciar su salida de este mundo acompañado por mis compañeros del SUMMA 112 y decirle que le quería.

Fue valiente, leal, humilde, consecuente y sólo me pidió hace años que le velaran con su camisa azul del color del mono de los obreros, Curiosamente fue incinerado en Fuenlabrada, donde estaba su fábrica,

Alguna vez me han dicho, que me parezco algo a él. Ojalá me acerque un poco a sus virtudes. Te quiero mucho papá, intercede por nosotros, seguro que estás con Sonia fumándote un Cohiba tras comerte un par de huevos fritos con patatas...»

A renglón seguido de lo escrito por Óscar, algún otro camarada ha querido dejar patente su lealtad josontoniana inquebrantable, su valor, su sentido de la disciplina: su recuerdo erguido, en posición de firmes, siendo ya capitán de empresa, soportando con estoicismo marcial, alguna de aquellas filípicas tremendas de Sigfredo. Y la ayuda a sus camaradas, y a quienes se lo pidieran por medio de estos. Y el compromiso con sus trabajadores: cómo dejaba su despacho directivo, remangándose, para ayudarles en la carga de muebles en algún camión que tenía que servirlos con urgencia; las muchas horas que pasó en el hospital con alguno de ellos, paciente terminal; el agradecimiento de uno de quienes acudieron a su velatorio, que advertía que él estaba en este mundo gracias al trabajo que dio a su padre, con lo que pudo casarse: no es poco.

Debieron acabar de leer lo de Manuel Azaña: “...y cuando la antorcha pase a otras manos, a otros hombres, a otras generaciones, que les hierva la sangre iracunda y otra vez el genio español vuelva a enfurecerse con la intolerancia y con el odio y con el apetito de destrucción, que piensen en los muertos y que escuchen su lección: la de esos hombres que han caído magníficamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor...” y, en consecuencia, decidieron horadar el Valle ,que alberga miles de muertos, en su campaña de resignificación, que no terminará en sus húmedos sueños hasta cubrir la explanada con el escombros que produzca la cruz dinamitada (P.Fernández/S. Santaolalla) y, ya puestos, en la cadena de actos, festivales e inauguraciones, han otorgado “lugar de memoria” a un chamizo del neo mudéjar proletario madrileño que interrumpe el paso en la calle Peironcely 10, pero que, mira por donde, fue fotografiado por Capa y cobra un valor simbólico impresionante para quienes se lo quieran creer y se lo creerán, y para muchos de los visitantes de ARCO. La ley tapadera de la memoria (de la suya) y siguientes viene ocultando pecados antiguos de sus promotores y, cada vez más seguro, también de los de la alternativa, porque si no fuera así, ¿por qué no la quitaron?

Que sí, que en la calles cayeron bombas y a lo que se ve los polikarpov (chatos, moscas, natchas...) del ejército rojo eran escuadrillas que anticipaban las exhibiciones de la patrulla águila con el turbo morado en una de las alas y no más. Porque resulta que en Cabra o en Salamanca o en Segovia descargaron aparatos con la tricolor, bombas y muerte, y hasta en el pueblecito de Cantalejo, el 17 de julio del 37 a las 7 de la tarde un bombardeo de un aeroplano dejó doce muertos, entre ellos cinco hermanitos que jugaban en el patio de su casa y que se creyeron lo de la patrulla águila. Pero esto no tiene derecho a ser “lugar de memoria”, que ellos son los que deciden cuáles, cómo y qué se deben albergar en la parte del cerebro donde residen los recuerdos.

En Agosto del 37 servicios especiales de información y represión fueron disueltos y se organizó el SIM (Servicio de Investigación Militar) bajo la dependencia del Ministro Prieto con Ángel Pedrero de hombre fuerte y tutelado por el “Estado mayor amigo” donde Orlov (que no era trigo limpio ni para Ángel Viñas) a la cabeza y Gustavo Durán de sobrestante al mando de 400 subordinados y comunistas iban a poner las cosas en su sitio y a la quinta columna en off side. Este Pedrero, zamorano y maestro nacional, había sido alumno aventajado de García Atadell. Toda una autoridad. A don Indalecio los comunistas le producían grima, pero en aquella

situación por la que se pasaba, con Negrín ya al frente del gobierno, resultaban inevitables y la huella que dejaron, por más que no la promocionen, o sea, que no la publiciten los de la memoria, ayudó a lo que Prieto se temía: que el bando ganador sería aquel que tuviera una retaguardia más sana (Jackson). Buena tropa tenía detrás don Indalecio.

El escenario. A comienzos de noviembre de 1937 las autoridades de un Madrid en guerra no cesaban de homenajear a la URSS y a su prolongación guerrera: las Brigadas internacionales, que llevaban ya un año por estos pagos. Se estaba conmemorando el vigésimo aniversario de la revolución rusa con una pasión desmedida y en donde se ponía de manifiesto la dependencia absoluta de esa potencia totalitaria para que la república “democrática” siguiera existiendo. Madrid se llenó de fastos, se rusificó. El panorama que presentaba la ciudad era del de una urbe volcada hacia una nación, pero no la suya sino otra.

No es que la sede del Partido Comunista apareciera decorada con toda la parafernalia al uso del marxismo-leninismo, es que todo Madrid rendía devoción a la patria soviética. En la glorieta de Bilbao una espectacular imagen de Lenin (en la estética del culto a la personalidad) de cuerpo entero y de 20 metros de altura ocupaba el centro de la plaza, en uno de los afiches que enmarcaban al revolucionario se podía leer “los ciudadanos de la Unión Soviética viven felices”. La sede del ABC, periódico expoliado y ahora en manos de la Unión Republicana después de haber dado el tralará a muchos de sus antiguos trabajadores, engalanaba su portada de la calle de Serrano con hoces y martillos. En la calle de Alcalá confluyendo con O'Donnell la estatua del general Espartero-bandera tricolor adosada al bronce- se veía acompañada de un monumento efímero coronado con la bandera roja y en una de sus caras la fotografía de Stalin. Las estaciones del metro madrileño aparecían con decoración similar, altares laicos en donde la Santísima Trinidad era sustituida por Manuel Azaña, Lenin y Stalin. En la calle de Medinaceli una exposición conmemoraba los supuestos logros de los soviets y el tramo de la Gran Vía que llevaba el nombre de Conde de Peñalver era sustituido por el de Avenida de la Unión Soviética, un tramo que ocupaba el espacio que iba desde el nacimiento de la calle hasta Callao con dedicación incluida. “A nuestros amigos de la Unión Soviética”. Puestos de libros, talleres de automóviles y hasta la Puerta de Alcalá- con sus arcos cegados por personalidades soviéticas- creaban el decorado de aquel Madrid de guerra. En los cines se proyectaba *Things to come* de Vincent Korda, aquí titulada *La vida futura* en base a una novela de H.G. Wells, y para los amantes del teatro, en el de La Zarzuela, María Teresa León dirigía a la compañía que interpretaba *La tragedia optimista*. Esta felicidad pro-soviética, de adoración, de veneración hacia aquel país donde los ciudadanos vivían felices, se estaba produciendo en el tiempo de descanso entre el segundo y el tercer juicio de Moscú, en los tiempos de purga y terror, conocidos indudablemente por los dirigentes republicanos españoles, por los devotos del Partido Comunista y también por quienes

sin serlo estaban cada vez más dominados por ellos y a ellos debían todo. Felices ciudadanos los de aquel país que habían conseguido la igualdad programada en la revolución tal y como relata R. Lorenz: “El hambre empezaba a afectar igualmente a ciudades y zonas industriales...La carroña de animales, perros y gatos, era a menudo el único alimento”. La represión en aquella parte de Eurasia no importaba, el Partido comunista, representante de la potencia que brindaba todo el apoyo a la España republicana, había adquirido patente de corso para actuar a sus anchas en la España “democrática”. Era sabido, pero ocultado, cómo a Andreu Nin unos meses atrás le habían torturado y asesinado a partir de un montaje falso en donde se le vinculaba con documentos apañados a una conspiración falangista del quinta columnismo en la capital. El canibalismo afectaba a sus propias filas. Nadie dijo nada. Calló el gobierno y callaron los intelectuales que lo apoyaban, los que enardecían con poemas y prosas la lucha contra la injusticia, los que elogiaban a Stalin dejaron al descubierto su verdadero pelaje, el del servilismo, lo demás pura retórica. Pero en aquel Madrid de guerra había muchos que no deseaban la “democracia” al uso y aun a riesgo de sus vidas se integraban en la quinta columna o intentaban pasarse con los “fascistas”. En el bar La Perla, junto al Paseo de las Delicias aparecían gentes que querían pasar al otro bando, espectros que buscaban por allí quien les diera la posibilidad de huida.

El escenario militar presentaba serios problemas por más que se ocultaran. Ganada la primera batalla, la de no perder Madrid, se iba de mal en peor. Toda la franja norte había pasado al bando contrario con lo que aquello suponía en hombres y riqueza. La maniobra de distracción de Brunete había sido neutralizada por las tropas de Franco y el frente activo ahora estaba en Aragón y Levante. Para dar algún ánimo a la población adicta se esparcían rumores muy reconfortantes como que el hijo de Mussolini había sido detenido tras derribarse el aparato en que volaba o el que las tropas leales habían tomado algún pequeño territorio. Para el descrédito del contrario, en el socorrido juego de las cantidades numéricas- que todavía hoy sigue y seguirá- se afirmaba que los moros-sic- que estaban en el bando faccioso eran 160.000. El hinchar los números es tradición histórica, las crónicas medievales y los relatos de la Historia antigua ya lo hacían y en este 1937 ocurría lo mismo. En la guerra de números teñidos por la ideología, el Presidente de la República, Manuel Azaña, que por estas fechas pintaba ya muy poco, aseguraba a comienzos de Noviembre que los represaliados en Navarra había sido de 15.000 o que los que se iban a producir en Asturias llegarían a los 800.000.

Los hechos. El túnel de la muerte. Frente a esa imprecisión numérica, lo que sí sabemos con certeza son los sucesos conocidos como “el túnel de Usera” ocurridos entre el 18 de Octubre y mediados de Noviembre de 1937. Se trató de una maniobra asesina promovida por el Servicio de Información Militar contra personas con ideología próxima al bando nacional y sobre las que se practicó la detención, la tortura, el expolio de bienes y el asesinato. El historiador inglés Hugh Thomas intentó

exculpar al Servicio de Información Militar de la matanza: “Pero no fue el SIM, sino una sección del Ejército republicano la responsable de una repugnante maquinación en Madrid”. La responsabilidad recaería pues en una actuación autónoma (ya estamos con lo de siempre) de la 36 Brigada mixta del Ejército rojo a cuyo mando estaba Justo López de la Fuente. Sin embargo, documentos hay que conducen a que, efectivamente, fue ese servicio de información desde sus más altas instancias el instigador de los hechos. Dejar hacer, que el terror invadiera a la población, un mecanismo de eficacia sobradamente conocida por los comunistas y que en tiempos más actuales nos suministraron con el eufemismo de “socializar el dolor”. Es posible que la causa de esa adjudicación por parte del historiador inglés estuviera en la no disposición de fuentes. Da lo mismo...

6

El mal presagio de la bandera caída

Miguel Giménez para VozPópuli

Todo el mundo lo ha podido ver. Día de las Fuerzas Armadas, con la presencia del Rey. Al intentar el izado de la enseña nacional preceptivo al inicio del acto, se

Todo el mundo lo ha podido ver. Día de las Fuerzas Armadas, con la presencia del Rey. Al intentar el izado de la enseña nacional preceptivo al inicio del acto, se rompe el cable y esta se desploma sobre el suelo. La cara de Felipe VI lo decía todo. Porque los militares saben que este hecho es símbolo de mal fario. La bandera demuestra así, según nos dicen los veteranos, que se falta el respeto a la nación, que se ha rendido la misma al enemigo y que no quiere ondear delante de quienes la ultrajan. Habrá quien diga que son supersticiones de otras épocas, que eso no tiene sentido y que por “un trozo de tela” que se caiga no va a desencadenarse el apocalipsis. Pero ¿y

si sí? ¿Y si la bandera de todos los españoles, Egrégor colectivo, ha querido advertirnos de que algo grave está pasando?



Por si las dudas, Felipe ha estado rápido y eficaz. Ordenó con presteza que la enseña estuviera presente durante el desfile, aunque no estuviera izada. Dando las órdenes oportunas, el Capitán General de los Ejércitos – recordemos esto, que parece olvidarse – mandó al abanderado de la

Guardia Real que colocara su bandera junto al mástil, presidiendo la ceremonia. Así, el desfile ha tenido no una, si no dos banderas: la que estaba prevista izar y no se ha

podido, doblada debidamente al pie del mástil, y la que ha llevado el abanderado de la Guardia Real.

Ante los agoreros, debo decir que esto es antes motivo de alegría que de miedo. ¿No quieres una rojigualda? Pues aquí tienes dos. Porque los símbolos son importantes, más de lo que creemos. El ser humano es simbólico y vivimos rodeados de símbolos que nos indican multitud de cosas, desde cuando cruzar la calle a donde está una iglesia. En ese mundo simbólico, que no es más que la condensación de varios elementos en una figura que los engloba, fácilmente interpretable por todos, radica buena parte del poder. Y una bandera arrastrada por el viento para caer posteriormente en el suelo bien podría ser el de una nación que perece, que se entrega, que deja de existir; más dos banderas son todo lo contrario, son un acto de afirmación, de voluntad de ser, de mantener y defender lo que nos legaron nuestros antepasados. Por eso, honrar a la bandera es honrarnos a nosotros mismos, a nuestros padres, a nuestros abuelos, a los que estamos, a los que estuvieron y a los que han de venir.

Ante quienes consideran decadentes y demodés los términos patria, bandera, himno, incluso ejército, habría que recordarles aquella famosa frase tantas veces citada de Oswald Spengler “Siempre ha sido un pelotón de soldados el que ha salvado a la civilización”. Solo que la frase no es del pensador alemán. La dijo José Antonio Primo de Rivera, creyendo erróneamente que era del célebre autor de “La decadencia de Occidente”. Da lo mismo. Lo indiscutible es que ese pelotón a buen seguro que llevaría una bandera. No lo duden.

7

La agenda de José Antonio

Cristóbal Villalobos para ZENDA

El historiador, más que de forense, tiene mucho de vidente: sufre una pulsión necrófila que le lleva a hablar con los fallecidos, a calzarse sus botas, a intentar conocerlos como si formasen parte de su propia familia. A veces, los muertos contestan. A José Antonio Martín Otín se le ha manifestado uno de los fantasmas más emblemáticos y, paradójicamente, más desconocidos de nuestra historia.

Pocos días antes de que lo detuvieran, en una España incontrolada presa de ansias autolíticas, José Antonio Primo de Rivera escribe en una diminuta agenda, regalo del Colegio de Abogados, sus encuentros y pequeñas reflexiones. Esa letra miniada constituye un inesperado testamento: un telegrama del pasado a través del cual el hombre nos habla por encima del mito.

Durante décadas, el diario, de escritura concienzuda y casi ilegible, había pasado desapercibido, con las anotaciones de sus últimos días en libertad, los comprendidos entre el 1 y el 13 de marzo de 1936: un fragmento muy breve de una vida, unos instantes de realidad antes de que todo fuese falseado y manipulado. Abogado, político, poeta frustrado: un hombre con dudas, contradicciones y debilidades que, en sus postreras reflexiones, parece apartarse de la imagen que los vencedores le construyeron tras su muerte.

Primavera sangrienta. Con quinientos muertos y más de dos mil heridos, el Gobierno del Frente Popular no consigue controlar las calles. José Antonio se ofrece a Portela Valladares, presidente del Gobierno hasta febrero de 1936, para dar una asonada que restablezca el orden, para salvar la República desde dentro mediante un golpe de carácter constitucionalista, pero no militar. Tras su detención escribe en el diario durante algunos días más. El 29 de marzo llama cerdos a aquellos derechistas que quieren utilizar a la Falange como carne de cañón en un hipotético levantamiento militar. Hay ruido de sables, pero José Antonio no parece estar en el centro de la conspiración principal.



Las breves notas, interpreta el autor del libro, desmienten dos narrativas historiográficas fundamentales: la franquista, que siempre quiso presentar a Primo de Rivera como protagonista del golpe del 18 de julio; la de la izquierda, que sostuvo que integraba la trama desde marzo. El diario revela que el fundador de Falange desconfiaba profundamente de los generales, en especial de Franco, a quien detestaba desde un primer encuentro que tuvo con él por mediación de Serrano Súñer.

En esos pocos días que conocemos de su vida, preludio de la tragedia, nuestro protagonista recibe a jóvenes católicos que intentan convencerle de crear un frente común; encuentra tiempo para burlar la vigilancia de sus escoltas y reunirse con una mujer, cuyo nombre tacha por pudor o miedo; y se cita con Marciano Durruti, hermano menor de Buenaventura Durruti, el mítico líder anarquista. Marciano había pasado del anarcosindicalismo al falangismo. Lo acompañaba Sinforino Moldes, también procedente de la CNT.

El falangista se interesa por el sindicalismo revolucionario, alejándose del conservadurismo con el que se le suele asociar, y expresa su intención de entrevistarse con dos de los anarquistas más importantes del momento: Ángel Pestaña y Diego Abad de Santillán. Durruti actúa de mediador. Hay anarquistas implicados en acciones coordinadas con falangistas, y pronto estarían frente a frente en las trincheras.

José Antonio Martín Otín se atreve a manifestar que el texto en el que José Antonio anima a la Falange a unirse al alzamiento es falso. El autor se pregunta: “Si en la más recóndita intimidad Primo de Rivera es fiel a su forma de escribir, ¿cómo no serlo en uno de los documentos más cruciales de su vida: el manifiesto de apoyo al alzamiento que le atribuyeron?”. El estilo no concuerda. La claridad sintáctica de los textos joseantonianos contrasta con el barroquismo del escrito antes mencionado. Además, añade, el diario muestra una gran distancia emocional y política con los sublevados.

Detenido el sábado 14 de marzo de 1936, en su despacho de la calle Serrano, lo llevaron a la Dirección General de Seguridad junto a Julio Ruiz de Alda, Raimundo Fernández-Cuesta y otros camaradas destacados. El domingo 15 de marzo, tras declarar ante el juez, fue trasladado a la Cárcel Modelo, acusado de asociación ilegal y tenencia de armas. En junio sería trasladado a la prisión de Alicante, donde fue fusilado el 20 de noviembre.

8

Vecinos de Becerril de la Sierra ante el cambio de nombre de la Avenida de José Antonio

Inmaculada Cobo para La Otra Crónica

La polémica por la posible retirada de la avenida de José Antonio en Becerril de la Sierra ha provocado un fuerte rechazo entre varios vecinos del municipio madrileño, cuyas reacciones han sido recogidas por la reportera Esther Yáñez en el programa Directo al Grano de RTVE.

La controversia surge después de que la Fiscalía Provincial de Madrid haya abierto una investigación al Ayuntamiento de Becerril de la Sierra tras una denuncia presentada por el Partido Comunista de Madrid (PCM), que considera que mantener esta denominación incumple la Ley de Memoria Democrática.

El PCM propone sustituir el nombre de la vía por "Avenida Abogados de Atocha", al considerar que la calle dedicada al fundador de Falange Española, José Antonio Primo de Rivera, supone una exaltación incompatible con la legislación vigente. Sin embargo, en las calles de Becerril de la Sierra muchos vecinos han mostrado su indignación y rechazo ante la posibilidad de cambiar el nombre.



Fiscalía abre una investigación al Ayuntamiento de Becerril de la Sierra por saltarse la Ley de Memoria Democrática y mantener el nombre de la avenida José Antonio Primo de Rivera.

"¿Ah, que la quieren quitar o algo? He oído. ¿Y Calvo Sotelo la quieren quitar también? Porque a Calvo Sotelo se le cargaron ustedes, o sea, los rojos. Más vale que se preocupen de otras cosas y estas tonterías, Dios mío de mi vida", afirmaba una vecina ante las cámaras de RTVE. Otra residente reaccionaba con ironía a la propuesta de modificar la denominación de la calle: "¿Quieren cambiar y poner otra... que pongan a Pedro Sánchez?".

También un comerciante de la zona fue preguntado por si la polémica afectaba a su negocio. Su respuesta fue contundente: "Para nada, para nada. Yo creo que me beneficia. Me beneficia, porque me gusta". Por su parte, una vecina que reside en la propia calle ha restado importancia al debate generado: "Bueno, esa es una tonterías. O sea, que se llame José Antonio, que se llame Pepito Flores".

9

La División Azul o la decisión que llevó a España a combatir a Stalin

Gustavo Morales para El Debate

El 25 de junio de 1941 España daba un paso decisivo en el contexto de la Segunda Guerra Mundial: nacía la División Azul, una unidad compuesta exclusivamente por voluntarios que poco después marcharía a Rusia para combatir el bolchevismo de Stalin junto a Alemania y otros voluntarios europeos.

Aquel verano de 1941 marcaba un giro decisivo en la Segunda Guerra Mundial. Apenas tres días antes, el 22 de junio, Alemania había iniciado la Operación Barbarroja, la invasión de la Unión Soviética. El conflicto entraba así en una nueva fase de enorme escala y violencia, en la que el frente oriental se convertiría en el principal escenario de combate.

España, oficialmente neutral tras la Guerra Civil, observaba el desarrollo del conflicto con una posición ambigua. El régimen de Franco mantenía simpatía hacia las potencias del Eje, especialmente hacia Alemania, que había participado en su favor

En este contexto, el 25 de junio de 1941 se autorizaba la creación de una unidad de voluntarios para combatir junto al Ejército alemán contra la Unión Soviética. Nacía así la División Azul, denominada oficialmente División Española de Voluntarios, que sería la División 250 de la Wehrmacht.

El Gobierno de Franco presentó esta decisión como una forma de canalizar el fervor anticomunista de muchos españoles sin implicar directamente al país en la guerra mundial. De hecho, la participación tenía un carácter voluntario, aunque también respondía a intereses políticos y diplomáticos.

Por un lado, se devolvía parcialmente el favor del apoyo alemán materializado en la Legión Cóndor; por otro, la unidad demostraría la capacidad militar de los españoles para disuadir de una posible invasión del territorio patrio para llegar a Gibraltar y, de forma imprevisible, con la División partirían los falangistas revolucionarios más intransigentes.

Miles de hombres –procedentes de distintos perfiles, la mayoría voluntarios falangistas, que le darían color a la División, conocida como Azul– acudieron a la llamada. También se alistaron en las primeras semanas excombatientes de la Guerra Civil. Madrid y Barcelona, entre otras ciudades, se convirtieron en algunos de los principales centros de reclutamiento.



Tras su constitución, los contingentes de la División Azul partieron hacia Alemania para recibir una breve instrucción militar, aunque muchos eran veteranos de guerra. Posteriormente, fueron enviados al frente oriental, donde quedarían integrados en el Ejército alemán.

La unidad combatió principalmente en el sector de Leningrado (actual San Petersburgo), uno de los puntos más duros del conflicto. Las condiciones extremas –el frío, la escasez de suministros y la dureza de los combates– marcaron la experiencia heroica de los voluntarios españoles.

Fue una operación limitada que permitió a España mantener oficialmente su neutralidad. El partido falangista fue el motor ideológico y político, y el principal impulsor de la iniciativa. Tras la invasión alemana de la URSS, el 22 de junio de 1941, dirigentes como Ramón Serrano Suñer promovieron abiertamente la idea de enviar voluntarios. El discurso anticomunista fue clave: la guerra contra la URSS se presentó como una continuación de la Guerra Civil española, ahora contra el «enemigo soviético».

Hubo incluso movilizaciones de falangistas en la calle reclamando participar en la campaña. Falange convirtió una coyuntura internacional en una causa ideológica propia, por lo que tuvo el protagonismo en el reclutamiento y fue decisiva para llenar las filas.

En el contingente inicial, los falangistas constituyeron una parte muy significativa, incluso mayoritaria en los primeros reclutamientos. Como dijimos, el propio nombre de «División Azul» procede del color de la camisa azul falangista,

símbolo del movimiento. Esto le dio a la unidad un fuerte perfil ideológico, no solo militar.

Sin embargo, la Falange no tuvo el control total. Existió una lucha interna por el control de la División Azul entre la Falange y los mandos militares, como el general Varela. Se optó por una solución intermedia: tropa con fuerte presencia falangista y mando y estructura bajo oficiales profesionales del Ejército, aunque su primer jefe fue el general Agustín Muñoz Grandes, que había sido secretario nacional de FET de las JONS y que se sacó el cuello de la camisa azul por encima de la guerrera militar. Todo un símbolo.

Para Franco, la Falange cumplía además una función estratégica: permitía canalizar el entusiasmo más radical del movimiento hacia el exterior. Evitaba que estos sectores presionaran para que España entrara formalmente en la guerra. Daba una imagen de compromiso con Alemania sin comprometer oficialmente al Estado.

La Falange fue el alma ideológica y el principal motor movilizador de la División Azul. Sin su presión política y su capacidad de movilización, es difícil entender la rapidez con la que se organizó la unidad, que siempre cubrió sus bajas con voluntarios. Sin embargo, el control final permaneció en manos del jefe del Estado y del Ejército, que moldearon la División como un instrumento al servicio de una estrategia más amplia: participar en la guerra sin entrar plenamente en ella.

La División Azul es posiblemente la unidad militar de la Segunda Guerra Mundial sobre la que más artículos y libros se han escrito, muchos de ellos por los propios divisionarios, lo que daría lugar a que se la conociera como «escritores en las trincheras».

10

Cuando estés muerto

Elisabeth Bibesco



Cuando estés muerto
Las ramas, oscuras sobre
tu cabeza, apartada el sol y el corazón dejará de latir:
la luz será vencida.
Entonces, la vida confiada,
Se apagará despacio
Dentro de una sombra piadosa.
Y esa paz final habrá nacido de ti.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com